

[11]

**Mientras cada uno siga jalando
por su lado la isla seguirá estancada**

Yo me llamo Antonia. Me dejaron limpio y "pelao" ese nombre. No me dejaron "chance" de buscar otro. Aunque uno puede cambiar, si me pongo otro nombre ya no me conocen. Mis apellidos son Anaya Henríquez, y soy de Calamar, un pueblito de Bolívar. Desde que naci, en 1938, ahí viví nada más seis años porque luego nos fuimos a Barranquilla, donde estuve 18 años. Estudié secretariado comercial -que era lo que se estudiaba en esa época- en el Instituto Ariano, de señoritas, que eran peores que religiosas. También viví dos años en Montería. En 1960, conocí a Emilio Zogby, nos casamos y cinco años después, nos vinimos para San Andrés.

La larga relación con San Andrés

El 6 de noviembre de 2001 cumplí 36 años en la isla, entonces soy como raíz. Pero mi relación con San Andrés es más antigua pues mi papá trabajó en el puerto aquí en la isla, durante dos años. Vivía fascinado con la isla, con su gente, con su música. El no se hubiera ido de aquí nunca si no hubiera sido porque mi mamá no se quiso venir en goleta. Yo nací después de que el regresó a Calamar. Y ¡cómo son las cosas de la vida! Yo hice lo que el no pudo: vivir en San Andrés.

A diferencia de mi mamá, yo si me vine a San Andrés cuando la Caja Agraria trasladó a Emilio. Vinimos con la idea de que era una estadía transitoria. Llegamos a un hotelito que quedaba frente al Banco de la República y pasamos ahí dos meses. En diciembre nos volvimos y cuando el consiguió vivienda me vine definitivamente a finales de mayo,. No sabíamos por cuánto tiempo era ese destino. No fue pensado ni programado

sigu jalandó eguirá estancada

Tenemos un hijo y una hija, ambos nacieron en Barranquilla. La hija, Diana, estudió administración de empresas en el Externado y es la gerente del Banco de Bogotá, y el hijo, Larry, estudió sistemas en Boston, y le gusta la aviación, un poco de todo. Ya tenemos un nieto, Felipe.

En el comercio y las asociaciones en pro de la isla

Cuando llegué a San Andrés me dediqué a los hijos, y apenas tuvieron cinco años monté un almacén con el que duré muchos años. ¡Cómo es la vida! El almacén quedaba donde trabaja ahora mi hija. Ahí estuve hasta 1970, cuando los hijos terminaron en el Modelo Adventista, que no tenía sino hasta el cuarto bachillerato, entonces se fueron a Bogotá a terminar, y yo me fui con ellos. Los acompañé dos años mientras terminaban el bachillerato. Yo iba y venía. Cuando entraron a la universidad ellos ya tenían otra vida, entonces me vine. Pero ya no tuve más almacén de mercancías. Puse una floristería, que tuve hasta hace un año, en la casita a la que nos mudamos después del hotelito a donde llegamos y en donde vivimos 19 años. La acabé porque la tumbaron y me quitaron mi espacio.

Yo he estado en distintas agrupaciones en favor de la isla. La primera en la que participé fue en la Asociación Femenina para el Progreso del Archipiélago (AFPA), de la que, además, fui fundadora.

Como parte de sus actividades, AFPA capacitaba a las mujeres sobre sus derechos y obligaciones, para ayudar a su superación, y trabajaba a favor del archipiélago. Yo dictaba clases de mecanografía en la casa de la cultura para capacitar a las mujeres. La Asociación, que tenía su personería, llegó a reunir a bastante gente, pero se amplió tanto que se le trató de dar un fin político y entonces me retiré, tal vez en 1970. Como se fueron cambiando los fines, eso se disolvió. Yo participé sólo dos años y me permitió conocer a muchas señoras de la isla.

Después, en 1971, entré a las Damas Voluntarias que entonces se llamaban Damas Rosadas. Aunque la asociación ya estaba organizada, había tenido un receso y estaba en una época de reorganización. He sido su presidenta un poco de veces. En una de ellas hicimos la sede, y aún sigo perteneciendo a la asociación. Hemos hecho muchas cosas por la isla. Trabajé mucho tiempo en el hospital, como voluntaria. También hacíamos campañas de vacunación, casa por casa. Como ya veíamos la explosión demográfica, con Planificación Familiar, Salud Sexual y Reproductiva (Profamilia) promovimos la desconexión de las señoras. Profamilia trató de quedarse, de montar un centro o de hacerlo con el hospital, pero no pudieron.

Hacíamos campañas de aseo. Cuando uno todavía se podía meter por todos los lados y la gente le colaboraba, uno ponía el rastrillo y los camiones y la gente recogía la basura. Los barrios isleños eran pobres pero no feos. No había miseria ni mugre como ahora. Nunca hicimos brigadas en La Loma ni en San Luis porque no había necesidad. Las hacíamos en los sitios de la gente que llegaba porque vivían más apretados.

Ahora pertenezco al Servei Solidari i Missioner (SSIM), una ONG de España, allí estoy trabajando en apoyo al programa de becas para universitarios, mercados para personas que los necesitan, taller de modistería para señoras y una biblioteca, que ya se dio al servicio. Eso es promovido por el padre Joan, de Barcelona, que estuvo dos años en San Andrés como padre capuchino, y quedó enamorado de la isla, vino después a vacaciones y a visitar a sus amigos, Joaquín Polo lo visitó y le pidió que montara algo aquí y cuando era director de estupefacientes le dio una de las

casas confiscadas para ese programa. Ellos como catalanes defienden su lengua y por eso los que van de aquí con beca deben aprender el catalán para poder estudiar.

Los problemas de población de San Andrés

Ahora hay muchos problemas. Entre ellos se destaca la superpoblación causada tanto por la gente que ha llegado nueva como por la cantidad de gente que nace aquí. Muchos de ellos no aportan cosas buenas, se desplazan por necesidad y la falta de oportunidades en la Isla contribuye a la formación de pandillas, al aumento de los robos, a la inseguridad general; y por eso hay lugares que hoy en día no se pueden visitar.

Pobreza y tiempos difíciles siempre han existido. Pero no hacinamiento y problemas como los de ahora, que se hubieran podido controlar. El problema es que ha habido malas administraciones. Desde hace 17 o 18 años, esto entró en desorden. La gente hace lo que le da la gana, a la brava, y nadie le dice nada. No ha habido autoridad para controlar eso.

Los malos no son únicamente los que llegaron de fuera. Aquí también hay quienes los aceptaron y colaboraron con ellos, o de lo contrario no hubiera pasado tanta cosa. Pero la época idílica ya pasó. Ya no se puede devolver la historia. Es bobada seguir viviendo en ese "machaca que machaca". Tenemos que resolver los problemas que se pueden resolver. Si la Constitución permite sacar a la gente que no tenga el permiso de la Oficina de Control a la Circulación y Residencia (OCCRE) ¿pues por qué no la sacan? Claro, no es fácil, pues si a los gringos con toda su técnica se le meten inmigrantes, aquí, sin medios, es más difícil de controlar. Pero la gente no puede vivir escondida toda la vida.

La falta de integración y respeto entre inmigrantes e isleños

Yo creo que aquí nunca ha habido integración real entre isleños y continentales. Faltó desde el principio y esto ha contribuido a que no se tomen medidas en conjunto para solucionar los problemas. Otra cosa es que, si tu eres mi amiga, yo no

voy a tratar de cambiarte. Tengo que respetarte y no entrometerme en tus costumbres, no tratar de cambiar tu manera de ser. Cuando uno llega de inmigrante, no es que no pueda hacer lo que está acostumbrado a hacer, pero debe respetar al vecino. No es que uno tenga que abandonar sus costumbres, pero hay que respetar la cultura de los otros. Cada región tiene su cultura y uno debe respetar la idiosincrasia de cada cual. Pero aquí ha habido gente que llega y pone su música fuerte y le impone al vecino lo que debe oír, así no le guste. ¿Por qué, si no le gusta, se lo va a imponer? Es como si la gente de aquí fuera a Barranquilla y pusiera música religiosa en plena batalla de las flores. Mientras no nos respetemos vivimos en un caos.

Las mujeres como grupo de presión por soluciones

Si el isleño sigue tirando para un lado y el inmigrante para otro, no se a dónde se puede llegar. A Nicaragua estoy seguro que no, porque nadie quisiera ser nicaragüense. Mientras cada uno siga jalando por su lado no se ve mucho futuro, la isla seguirá estancada. Salir de este estancamiento gubernamental es lo primero que hay que hacer. Pasan los días y no pasa nada. Todo depende de

que el isleño se dé cuenta de que el futuro económico no es para él solo, es para su familia, para su hermano, para su madre. El había nacido en el catolicismo y sus primeros amigos fueron de los primeros que se bautizaron cuando llegaron los jesuitas de España, Francia y de Inglaterra.

Los capuchinos

Yo fui a la primaria en Providencia, en la escuela de la Inmaculada, en el colegio de la Inmaculada con los Hermanos Terciarios Capuchinos. En esa época el idioma que se hablaba era en español aunque las capuchinas enseñaban también inglés. Estando terminando la primaria ope por ir al seminario y las hermanas capuchinas me ayudaron para el viaje a Bogotá, al seminario menor diocesano, donde obtuve el bachillerato.

Me quedé en Bogotá en un refugio y luego de San Andrés fui a Cartagena en un barco de motor. En Cartagena hice el noviciado de la orden de la Inmaculada y la teología. Cuando yo estaba

que la gente se una, que procure mirar la isla hacia adelante.

Desde hace treinta o cuarenta años conocemos los problemas, en todas las reuniones se habla de ellos, pero no se buscan soluciones viables. Sabemos en dónde se ocasionan y cómo son. Necesitamos que gobierne una persona de empuje, alguien que tenga visión, porque con la sola honestidad no basta. Hay que procurar que haya liderazgo, que jalone la gente que de verdad entiende los problemas de la isla. Es la única forma de salvar esto, de lograr que en diez años todo sea mejor porque esta isla sí tiene futuro. Hemos hecho inversiones grandes porque queremos que la isla salga adelante.

Si nosotras las mujeres nos unimos y hacemos un gran grupo de presión, podemos ser un potencial. Pero las mujeres hablamos mucho y como que no tenemos tiempo y, finalmente, no hacemos nada. Yo les digo a muchas señoras: nosotras, que pusimos al gobierno, debíamos al menos hacer una carta para preguntar qué pasó. Podemos preguntar como electoras qué ha pasado. Pero no hacemos más nada. Falta mucho liderazgo también entre las mujeres. Las jóvenes deben ponerse las pilas y apoyarse en gente que pueda dar algo.

Me ordené en la iglesia de San Andrés, que es muy pequeña, no se podía celebrar misa y hacía falta la licenciatara sin problemas.

Me ordené, en junio 11 de 1965, en Providencia. El obispo de Valledupar vino con el proyecto a San Andrés y nos fuimos en un barco para Providencia. Como la Iglesia era pequeña, el párroco, que era un capuchino, tuvo que hacer todo al aire libre pues era un verdadero acontecimiento en la isla. Como tenía un compromiso para celebrar la primera misa en la catedral de San Andrés, nos vimos en un barco pequeño y casi nos hundimos. A Dios gracias, entre todos los hombres de mar que había en la embarcación lograron salvarnos. La gente me cuenta que cuando sintieron la tormenta, tuvieron mucho susto. Pero alcancé a decir la primera misa en San Andrés.

La labor pastoral

Después volví a Providencia por dos o tres meses. El proyecto de la Segunda Familia había presentado